

Estrabón

Geografía de Iberia

Traducción de
Javier Gómez Espelosín

Presentaciones, notas y comentarios
de Gonzalo Cruz Andreotti,
Marco V. García Quintela
y Javier Gómez Espelosín



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 2007
Segunda edición, revisada: 2015
Cuarta reimpresión: 2025

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

- © de la traducción: Javier Gómez Espelosín, 2007
- © de las presentaciones, notas y comentarios: Gonzalo Cruz Andreotti, Marco V. García Quintela y Javier Gómez Espelosín, 2007
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2025
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9104-087-3
Depósito legal: M. 12.813-2015
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Presentación
17	Estrabón y su obra, por Javier Gómez Espelosín
49	Estrabón y la tradición geográfica, por Gonzalo Cruz Andreotti
75	Estrabón y la etnografía de Iberia, por Marco V. García Quintela
125	Estrabón y los celtas de Iberia, por Marco V. García Quintela
155	Libro III: Geografía de Iberia
325	Glosario
531	Cartografía, a cargo de Marco V. García Quintela
543	Bibliografía

Presentación

La aparición de una nueva traducción del libro III de la *Geografía* de Estrabón requiere indudablemente una cierta justificación si tenemos en cuenta la existencia de otras versiones dentro del mercado editorial español, que no harían especialmente necesaria dicha empresa. A la bien conocida traducción de Antonio García y Bellido publicada por primera vez en 1945 siguió poco después la de Adolf Schulten que acompañaba a su edición de las *Fontes Hispaniae Antiquae* en 1952, y ya mucho tiempo después la de María José Meana dentro de la colección de la Biblioteca Clásica de la editorial Gredos en 1992. Las dos primeras iban seguidas de su correspondiente comentario de carácter histórico-arqueológico, que iba intentando identificar o dar carta de ley dentro de los modernos mapas a los diferentes topónimos y etnónimos que hacían acto de presencia en el correspondiente texto estraboniano. Sus aportaciones en este terreno fueron ciertamente considerables, especialmente en el caso de la obra de García y Bellido, que llevaba por título *Espa-*

ña y los españoles hace dos mil años, convertida justificadamente en el instrumento casi irremplazable de todos aquellos que usaban el texto de Estrabón en su versión castellana como guía principal para el estudio de la historia de la Península Ibérica en la Antigüedad. A pesar de la peculiaridad de las transcripciones de los nombres propios griegos que solía practicar, chocante a veces con la versión más familiar de esos mismos términos dentro del lenguaje habitual, la traducción de García y Bellido ha sido el texto de referencia durante largo tiempo en toda clase de estudios hasta su sustitución por la nueva versión publicada por Gredos. Esta última, a diferencia de las dos anteriores, no va acompañada de comentario sino de las pertinentes notas aclaratorias a pie de página tal y como es norma en una colección de estas características.

El tiempo, sin embargo, no ha transcurrido en balde y los conocimientos se han venido acumulando de forma incesante, tanto sobre la propia obra de Estrabón como sobre la historia y arqueología de la Península Ibérica durante la Antigüedad. Parecía, por tanto, oportuna una revisión del texto a la luz de los nuevos conocimientos. A ello ha contribuido también de manera decisiva la aparición de una nueva edición que ha renovado considerablemente las perspectivas del texto griego desde el punto de vista de la transmisión manuscrita.

La clásica edición de François Lasserre, publicada en la prestigiosa colección Guillaume Budé en 1966, ha sido ahora sustituida, a partir del 2002, por el descomunal trabajo emprendido por Stefan Radt, que ha culminado con la aparición de todos los volúmenes de la *Geografía* en 2011 en nada menos que diez volúmenes. La nueva edición de Radt ha renovado de manera notoria la presentación del texto

original del geógrafo griego, acompañándolo de un extenso y complejo aparato crítico donde refleja casi toda la erudición textual existente desde mediados del siglo XIX. Se han visto así ampliadas de forma extraordinaria nuestras posibilidades de aproximarnos a una lectura más crítica y depurada de lo que pudo haber sido el texto original compuesto en su día por Estrabón, con todo el elenco de variantes, conjeturas y correcciones que han ido modificando su aspecto a lo largo del tiempo tras el paciente y exhaustivo trabajo de numerosos editores, entre los que se cuentan algunos de los grandes estudiosos de la filología clásica (Casaubon, Koraïs, Kramer, Meineke). En todo caso conviene recordar que nunca podemos tener plenas garantías de hallarnos ante lo que pudo haber sido el texto original, dadas las numerosas y diversas incidencias que han mediado en el largo y complejo proceso de transmisión manuscrita. Sin embargo, un texto cuidadosamente editado como el de Radt, sobre unas bases aparentemente sólidas y en cuyo aparato crítico han quedado casi puntualmente reflejadas algunas de las fases fundamentales de dicho proceso, facilita y allana considerablemente nuestro camino hacia ese objetivo ideal.

A los problemas de carácter textual que suelen acechar constantemente nuestra lectura de los autores antiguos se suma la falta de transparencia que caracteriza su comprensión inmediata por parte de los lectores modernos. Esta circunstancia, que afecta por igual a casi todos los géneros, se acentúa particularmente en un caso como el de Estrabón. Su obra geográfica no responde del todo a las expectativas que su título podría suscitar, dado que presenta una descripción de la Península desde una perspectiva geográfica y etnográfica completamente diferente a la actual. Más si se trata de un territorio, como era Iberia, situado en los confi-

nes del mundo habitado y percibido por ello con todos los condicionantes que afectaban a un espacio de tales características. Al proverbial desconocimiento de las regiones más apartadas de los principales centros culturales y políticos del Mediterráneo, que implicaba una localización imprecisa de etnias y ciudades y una evaluación inadecuada de las distancias y de la correcta posición y dimensión de los territorios, se vino a sumar un proceso de conquista lento y prolongado culminado tan sólo en época de Augusto, que provocó de este modo un conocimiento fragmentario, parcial y desequilibrado, y una valoración de los pueblos sometidos teñida inevitablemente por la ideología griega de la barbarie. A pesar de estar marcada indefectiblemente por esta serie de factores, la obra de Estrabón representa, no obstante, la primera gran síntesis de historia y geografía elaborada sobre la totalidad de Iberia que coincide además con la culminación de la conquista romana.

A la vista de tales consideraciones, creímos necesario abordar una empresa de estas características, ofreciendo al lector una nueva traducción de la obra, que resulte lo más clara e inteligible en castellano, evitando casi siempre la literalidad de muchas expresiones a favor de una mejor comprensión, acompañada además de una guía de lectura. Con ella pretendemos un más fácil acceso tanto a la comprensión interna del texto como a su encuadre en el marco de las nuevas tendencias de los estudios geográficos y de las novedades de la historia y arqueología peninsulares. Hemos organizado así el libro en los siguientes apartados.

Figuran en primer lugar tres aproximaciones diferentes a la obra de Estrabón, realizadas desde la perspectiva histórico-literaria, geográfica y etnográfica. Aunque somos conscientes de que tales distinciones no existieron dentro de la

literatura antigua, hemos optado por mantenerlas, en primer lugar porque nos hallamos dentro de una tradición académica donde todavía continúan vigentes, y en segundo porque facilitan enormemente el análisis de una obra de tales características en la que se encuentran entrelazados de manera casi inextricable dichos puntos de vista. Nuestro objetivo principal consiste así en constatar cómo estas tres perspectivas confluyen de manera orgánica en el texto que tenemos entre manos.

Se ha añadido también un estudio sobre los celtas en la obra de Estrabón. La razón no es otra que la importancia geográfica del área céltica peninsular, el peso histórico de aquéllos en el proceso de conquista y su protagonismo destacado en los relatos de la misma. Además, para facilitar la comprensión global de todo ello, se incluye aquí una explicación general de la toponimia y etnonimia del área considerada indoeuropea de la Península Ibérica.

A continuación figura la traducción acompañada por notas que tienen diversas finalidades. En ellas pretendemos presentar las variantes de nombres propios, topónimos y etnónimos para que, de esta manera, el lector vea los problemas que rodean la tradición manuscrita; explicamos, además, las opciones textuales asumidas indicando su procedencia, como por ejemplo si se trata de una conjetura o de una errata del manuscrito; asimismo, procuramos resolver cuestiones puntuales de inteligibilidad, como las equivalencias de las unidades de medida; incluimos también aclaraciones sobre la articulación y la estructura geográfica y etnográfica del texto, sin las cuales pensamos que es difícil entenderlo, como por ejemplo el valor de los ríos para definir el espacio; y, finalmente, pretendemos esclarecer las noticias de todo tipo introducidas por Estrabón, como alusio-

nes a determinadas situaciones históricas, a la geografía extrapeninsular, a menciones indirectas o a personajes sin particular relevancia para la comprensión del texto, y por ello no enviamos específicamente al Glosario.

En él se recogen todos los nombres propios y gentilicios, que en el texto están precedidos por el símbolo ° cuantas veces aparecen. Su intención es aclarar y ampliar la información al lector sobre términos geográficos, etnográficos, personajes míticos e históricos, y autores antiguos citados reiteradamente cuya comprensión detallada permite profundizar en el contenido del libro III. Su consulta posibilita, además, tener una perspectiva más amplia de cada entrada a través de las fuentes y la bibliografía complementaria. Como no se trata de un diccionario, hemos procedido a ajustar la importancia relativa de las distintas entradas. Así, puesto que queremos explicar la geografía de Iberia, concedemos un mayor espacio a una localidad como Carteya que a un personaje de la talla de Julio César.

Cierran el volumen una serie de mapas que representan la construcción de la imagen del mundo en general y de Iberia en particular hasta llegar a Estrabón, además de tres mapas específicos que hacen más comprensible la lectura del conjunto de la obra; y un listado bibliográfico, que no pretende ni puede ser exhaustivo, de las obras utilizadas en cada uno de los apartados.

A pesar de la irreductible dosis de autonomía individual que comporta cada uno de los enfoques, nuestro trabajo no constituye simplemente una suma de las diversas aportaciones individuales. Tampoco pretende resultar concluyente y definitivo en sus diferentes apreciaciones, entre otras razones porque la aparición de nuevos enfoques historiográficos obliga constantemente a realizar nuevas lecturas de un

texto que constituye un *unicum* dentro de la tradición antigua. Partíamos de la idea extendida según la cual Estrabón no es un autor especialmente interesante desde el punto de vista intelectual. Sin embargo, un acercamiento dialéctico y desapasionado a su obra, con los instrumentos conceptuales y empíricos disponibles, nos ha permitido ofrecer un Estrabón revalorizado como autor de sus propias reflexiones y de su texto y como portador de una información fidedigna y útil. El objetivo final de nuestro estudio no ha sido otro, en definitiva, que el lector nos acompañe en este viaje en el que el texto adquiere progresivamente nuevos sentidos a medida que se le plantean nuevos interrogantes, convirtiéndose así en una herramienta de trabajo imprescindible para el conocimiento de Iberia hasta el siglo I a. C.

Deseamos agradecer a todas aquellas personas e instituciones que de una u otra manera han contribuido a facilitar nuestra tarea, en especial a Javier González García, Pedro López Barja, José Manuel Roldán, Francisco Beltrán Lloris, Bartolomé Mora Serrano, Helena Gimeno Pascual y Ester Sánchez Medina del CIL II, y a la Casa de Velázquez, en la persona de su director de estudios, Pierre Moret, por habernos brindado su hospitalidad en la realización del tramo final de la obra.

Casa de Velázquez
Madrid, junio de 2006

Estrabón y su obra

Javier Gómez Espelosín

Una obra singular

El nombre de Estrabón se halla estrechamente asociado no sólo a la geografía antigua, de la que constituye uno de sus más ilustres representantes, sino también al conocimiento de la Península Ibérica en las primeras etapas de su historia. Su voluminosa descripción del mundo conocido hasta entonces, la primera parte del siglo I d. C., dividida en diecisiete libros, constituye el repertorio geográfico más amplio y pormenorizado de toda la Antigüedad que ha llegado hasta nosotros, dada la pérdida lamentable de casi toda la tradición geográfica anterior¹. El libro tercero en particular, dedicado íntegramente a la descripción de Iberia, nombre con el que los griegos denominaban a la Península,

1. Sólo conocemos a través de fragmentos las obras de Eratóstenes y Artemidoro, que habrían sido sus dos precedentes más inmediatos en este terreno.

constituye así el panorama más completo de la geografía y etnografía peninsulares sobre el que pivota buena parte de nuestro conocimiento del tema. La obra de Estrabón va, sin embargo, mucho más allá de un tratado de estas características, ya que no es tan sólo un simple catálogo descriptivo de los diferentes territorios y pueblos que conformaban la antigua Iberia, sino que contiene también numerosas e interesantes informaciones que hacen referencia al paisaje y al clima con sus correspondientes repercusiones sobre la forma de vida de sus habitantes, a la situación y configuración de las diferentes regiones dentro del mapa del mundo habitado, a la importancia de sus recursos económicos y a la trascendental evolución histórica que habían experimentado todos estos territorios con la conquista romana. Dicha circunstancia es considerada el factor clave que permitió la definitiva incorporación de las tierras del extremo occidente, sumidas hasta entonces en la distancia y la barbarie, a la historia y a la civilización del mundo mediterráneo dominado política y culturalmente por griegos y romanos.

Su descripción va también mucho más allá de los viejos periplos que iban desgranando sucesivamente los nombres de los diferentes territorios y pueblos por los que discurría el trayecto marítimo con algunas digresiones en determinados puntos del itinerario, a pesar de que su esquema narrativo fundamental se ajusta hasta cierto punto a dicha pauta, siguiendo de forma secuencial la descripción puntual de las costas y de las tierras del interior, con incursiones esporádicas hacia las islas de los alrededores. La *Geografía* de Estrabón constituye efectivamente una obra mucho más compleja en la que confluyen diferentes tipos de saberes, resultado de la actividad incansable de un estudioso a la vieja usanza

helenística, versado en cuestiones muy diversas y con amplios conocimientos derivados de un intenso y laborioso trabajo de gabinete. Se hace así eco de la polémica científica de sus inmediatos predecesores y debate, siempre que le parece oportuno, todas aquellas cuestiones de actualidad en las que la Península desempeñaba un papel destacado, por su particular posición geográfica en los confines oceánicos o por las características que se derivaban de dicha ubicación. Se erige así como un decidido partidario de la validez y veracidad esencial de los poemas homéricos como fuente de información geográfica, que muchos otros, como el gran Eratóstenes, habían puesto claramente en entredicho, discute la precisa ubicación de un lugar tan emblemático de la topografía litoral ibérica dentro del imaginario geográfico griego como las Columnas de Heracles, o presenta su particular estado de la cuestión acerca de la explicación de algunos fenómenos curiosos como las mareas oceánicas y sus diferentes repercusiones sobre la fisonomía de las costas peninsulares. Confronta así diferentes testimonios, resalta sus respectivas lagunas de información, alerta sobre sus demostraciones de ignorancia o sus contradicciones internas, e intenta casi siempre aportar las oportunas correcciones y las soluciones más factibles a las distintas cuestiones planteadas². Para nosotros Estrabón representa el testimonio compendiado de toda una época brillante, la de la ciencia helenística vinculada a centros tan destacados como las bibliotecas de Alejandría o Pérgamo, de la que era indiscutiblemente un legítimo heredero³, a pe-

2. Sobre la aportación y el papel de Estrabón en este terreno continúa siendo fundamental el trabajo magistral de Aujac (1966).

3. En este sentido véanse los trabajos de Jacob (1986, y 1998).

sar de que le tocó vivir en un tiempo en el que las viejas monarquías instauradas tras la muerte de Alejandro habían tocado ya a su fin y se había iniciado un nuevo orden mundial bajo el Imperio de Roma.

Poco más que un nombre

Como suele suceder con la mayor parte de los autores antiguos, es muy poco lo que conocemos de la biografía personal de Estrabón, cuyos datos más relevantes y significativos proceden del texto de su propia obra en forma de alusiones y comentarios. Ni siquiera estamos seguros de las fechas precisas entre las que debemos situar su andadura vital. Es probable que naciera en la primera mitad del siglo I a. C., quizá en el año 64 o 63 como proponía el historiador alemán del XIX Benedict Niese, basándose en las referencias históricas que proporciona el autor en la *Geografía*, y que muriera a finales del primer cuarto del siglo I d. C., cuando ya no se tienen más noticias de su actividad⁴. Sin embargo esta clase de indicios no resultan absolutamente fiables, ya que se ha comprobado que la mayor parte de las expresiones de carácter temporal que aparecen a lo largo y ancho de su obra, como ‘en mi tiempo’ o ‘recientemente’,

4. Por parte de Pothecarý (1997) se ha señalado la posibilidad de que Estrabón naciera en los años cincuenta a. C. en lugar del 64 o 63 como proponía Niese, hipótesis que es rechazada de plano por Bowersock (2000: 18, n. 16), quien acusa a la autora mencionada de ignorar que Estrabón encontró a Servilio Isáurico y escuchó a Tiranión en Roma antes de la muerte de César. En general sobre la biografía de Estrabón, Biraschi (1994: 183), con mención de la bibliografía anterior pertinente en n. 2.; Engels (1999: 17-114) y Dueck (2000: 5 y ss).

cubren un amplio espectro temporal que podría abarcar casi toda una vida y carecen, por tanto, de validez a la hora de fijar con cierta exactitud las fechas precisas a las que el autor podría hacer referencia. Con ellas se alude más bien a toda una época en la que el mundo conocido experimentó las decisivas transformaciones que lo conducirían al estado final en que se encontraba a comienzos del Imperio, es decir, un arco cronológico que nos lleva desde finales de los años cincuenta del siglo I a. C. hasta el reinado de Tiberio⁵. Su propio nombre no se menciona en ningún momento en toda la obra, a diferencia de lo que sucede con otros autores de su época que dan cuenta de su abolengo y de sus méritos literarios. Sabemos que el texto de la *Geografía* era atribuido a Estrabón a través de referencias tardías, como las de Ateneo en el III d. C., o las de Esteban de Bizancio, Marciano de Heraclea y Prisciano de Lidia ya en el siglo VI d. C.

Sabemos, sin embargo, que era originario de Amasia, a la que identifica como su patria en tres ocasiones. Era la capital del antiguo reino del Ponto, situado junto a la costa meridional del mar Negro, y alcanzó su mayor relevancia histórica bajo el reinado del célebre Mitrídates VI Eupátor. Éste se convirtió en el último y más formidable adversario

5. Al respecto véanse las consideraciones de Clarke (1997: 102 y ss.). Sobre la importancia de la última parte de este período en el que se enmarca la vida de Estrabón, Potthecary (2002) ha sugerido con argumentos convincentes que habría sido precisamente durante el reinado de Tiberio, entre los años 17 y 23 d. C., cuando Estrabón habría compuesto su obra, en contra de la opinión más generalizada, que aboga a favor de su elaboración durante el reinado de Augusto y admite tan sólo una revisión posterior bajo el de su sucesor. Las diferentes opiniones y teorías al respecto son discutidas ampliamente en el trabajo mencionado.

de Roma en su proceso de conquista de todo el Oriente mediterráneo a lo largo de la primera mitad del siglo I a. C. Fueron necesarias tres campañas y la decisiva intervención de los más prestigiosos y laureados generales romanos del momento, entre los que figuraban nada menos que Sila, Lúculo y Pompeyo, para someter de manera definitiva la obstinada y ferviente oposición del monarca pónico al imparable ascenso de la hegemonía romana. Sabemos también que su familia, perteneciente al ámbito iránico-griego propio de la élite dirigente de esta región, era una de las más eminentes de la zona, sobre todo por parte de su madre, uno de cuyos antepasados había ocupado que el prestigioso cargo de sacerdote de Comana, que detentaba la segunda posición después del rey en la jerarquía política del reino del Ponto. Conocemos también algunas etapas fundamentales de su formación, como su estancia en la ciudad caria de Nisa, donde siguió las enseñanzas de Aristodemo, profesor de gramática y de retórica, que ya había tutelado anteriormente la educación de los hijos de Pompeyo en Roma, o su presencia en la capital del Tíber al lado de figuras intelectuales como el también gramático Tiranión, igualmente originario del Ponto, quien según el dictamen de Cicerón, de cuyos hijos había sido instructor, era toda una autoridad en materia de geografía, o el filósofo Jenarco, un peripatético que llegó a convertirse en amigo del emperador Augusto⁶.

Estamos igualmente informados acerca de sus numerosos viajes que, según se jacta el propio Estrabón, le llevaron desde el mar Negro a Etiopía y desde Armenia hasta Etruria, computando así dentro de este campo un brillante currículo que resultaba difícil de equiparar por cualquier otro

6. Al respecto, Dueck (2000: 8-15).

de los geógrafos griegos precedentes. No podemos precisar, sin embargo, ni el momento ni la duración ni la localización precisa de la mayoría de ellos. Sabemos con certeza que conocía muy bien toda la cuenca oriental del Mediterráneo, por donde debió de moverse a discreción durante la primera parte de su vida, especialmente por toda la región de Asia Menor. Nos dice que vivió durante un tiempo en Nisa, que pasó por Chipre, Corinto y posiblemente también por Rodas, que acompañó a Egipto a su protector romano Elio Galo en el 25-24 a. C., aprovechando la ocasión para viajar hasta las fronteras de Etiopía, que volvió allí de nuevo en el 20 a. C. para pasar una larga temporada en Alejandría, en cuya famosa biblioteca debió de obtener sustanciosas informaciones para la redacción de su obra geográfica, y que frecuentó lógicamente Roma en diferentes ocasiones⁷. Pudo haber asistido en la ciudad del Tíber a algunos de los acontecimientos más determinantes de su historia, como el asesinato de César en el 44 a. C., pero se trata tan sólo de simples conjeturas. Lo cierto es que, en la proximidad o desde la distancia, pudo haber sido testigo privilegiado de todos los acontecimientos subsiguientes que culminarían en el encumbramiento definitivo del joven Octavio, que se convertiría en el primer emperador de Roma.

Aprovechó seguramente el curso de sus viajes para conocer otros lugares de la península itálica, de Grecia y el Egeo. Pero no siempre resulta fácil averiguar si sus descripciones son el resultado de su propia presencia *in situ* o proceden de la consulta de otras fuentes de información anteriores. Estrabón combinó constantemente a lo largo de su obra es-

7. Sabemos que estuvo en la ciudad en los años 35 a. C., en torno al 31 y el 29 y poco antes del 7 a. C.

tos dos procedimientos: la observación de primera mano y el comentario de obras precedentes. Existen ciertas dudas acerca de si llegó a visitar Atenas, una ciudad que todavía conservaba parte de su antiguo prestigio a pesar de la inevitable pérdida de poder, tanto político como cultural, dentro del concierto internacional, que gravitaba ahora en torno a los dos nuevos polos de Roma y Alejandría. Sin embargo, con independencia de que Estrabón hubiera estado efectivamente presente en algún momento en la ciudad del Ática, los dos focos principales de referencia geográfica en la vida de nuestro autor fueron sin duda Asia Menor y Roma. Nunca estuvo en la Península Ibérica, por lo que toda su descripción se basa inevitablemente en los relatos disponibles de autores anteriores que la habían visitado en persona, como era el caso de Polibio, Artemidoro, Asclepiádes de Mirlea y Posidonio, que aparecen citados repetidamente a lo largo de todo el libro III como referencias fundamentales de sus noticias y afirmaciones sobre la geografía y etnografía peninsulares.

Una compleja identidad cultural

Como tantos otros individuos ilustres de aquel tiempo, Estrabón se hallaba a caballo entre dos mundos, el griego y el romano, y, por tanto, condenado de manera irremisible a tratar de conciliar lo más armoniosamente posible unos intereses y afectos que podían parecer perfectamente contradictorios. Su familia se vio directa e irremisiblemente implicada en el conflicto romano con Mitrídates e incluso algunos de sus antepasados por línea materna destacaron como estrechos colaboradores directos del mo-

narca pónico. Otros optaron, en cambio, por el abandono o la traición a una causa que se les antojaba ya perdida de antemano y trataron así de buscar su oportunidad en el bando contrario, el de los romanos. Sin embargo, los cambios constantes en la dirección de las sucesivas campañas romanas, que pasaron sucesivamente de unos generales a otros, y la consiguiente fluctuación de los intereses políticos en juego, asociados a sus protagonistas, dentro del complicado escenario político romano, constituyeron un serio obstáculo para que se reconocieran abiertamente los méritos contraídos por estos colaboracionistas ocasionales. De esta forma, cuando se consumó finalmente la derrota pónica a manos de la imponente maquinaria de guerra romana, las únicas perspectivas de futuro que se abrían para gentes como Estrabón pasaban irremisiblemente por acogerse a la protección personal de alguno de los miembros de la clase dirigente romana y poner a su servicio todo su talento y sus capacidades, que era el único papel reservado a los griegos en la nueva estructura del Imperio romano⁸.

Estrabón no sólo era griego por origen sino también por formación y cultura. Las ciudades del reino del Ponto eran en su mayor parte antiguos establecimientos griegos fundados a lo largo de las costas del mar Negro en los tiempos de la expansión griega durante el período arcaico y contaban, por tanto, con una larga tradición cultural a sus espaldas. Por su parte, los monarcas de la dinastía pónica, y en

8. Sobre el tema continúa siendo fundamental la monografía de Bowersock (1965), pero resultan también extremadamente útiles al respecto los trabajos de Crawford (1978), Laursen (1993) y Woolf (1993/1994).